



La Santa Sede

***RADIOMENSAJE DE SU SANTIDAD PÍO XII
A LOS FIELES ARGENTINOS CON MOTIVO DE LAS CELEBRACIONES
EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DE LA EMIGRACIÓN****

Domingo 2 de diciembre de 1956

Con aquel esplendor y grandeza de que sois capaces, amadísimos hijos, católicos argentinos, pero también con aquella devoción y fervor que Nos bien conocemos, os disponéis a recibir a vuestra Madre amantísima, la Virgen María, cuyo solo nombre ha bastado siempre para movilizar vuestros mejores entusiasmos y energías; os preparáis a acogerla bajo su nueva advocación de «Nuestra Señora de la Emigración», como un don más del cielo a vuestras almas sedientas de paz, de piedad y de afecto materno, como una nueva ocasión de demostrar vuestra religiosidad y vuestra caridad, con todas las demás virtudes que os sirven de adorno.

Pero ¿es que la Nación Argentina no había honrado ya con títulos suficientes a su Madre Santísima, a lo largo y a lo ancho de toda su historia desde el Santuario de Luján, a las puertas casi de Buenos Aires hasta la Virgen del Milagro de Salta o Nuestra Señora de la Consolación de Santiago del Estero? ¿Quién podrá contar los templos las capillas o las ermitas que habéis dedicado sobre vuestro suelo a la Virgen del Rosario —sin contar el famoso de Córdoba—, o a Nuestra Señora del dulce Carmelo —sin hablar del Santuario de Cuyo— o a la Virgen de la Merced, tan querida en esa misma capital? ¿Quién no conoce por ejemplo, vuestra ferviente devoción a Nuestra Señora del Valle de Catamarca y a otras mil advocaciones, en las que es más el trabajo de escoger que no la dificultad de encontrar?

Es que vuestro país, la amplia y generosa República Argentina, por un designio particular de la Providencia, simbolizada acaso en esa puerta grande, que es el Río de la Plata —entrada, que ningún otro palacio podría desear mayor y mejor—, se diría que es la tierra ideal para acoger a cuantos desde todos los rincones más remotos del mundo corren a ella, deseosos de formar un nuevo hogar, que les procure aquellos medios de vida que otros cielos más ingratos les han negado. Parecería que lo están proclamando esas mismas inmensas extensiones que, desde

Salta y Tucumán, se dilatan con horizontes sin fin hasta las frías Tierras del Fuego; parecería que lo dicen las ricas tierras, que se van sucediendo escalonadas desde las risueñas playas atlánticas hasta las rudas cimas andinas, cuyas cabezas se esconden en las nubes; parecería que lo exigen esas feracísimas vegas, que sin fatiga y sin límites, van fecundando las aguas del Paraná, del Paraguay, del Río Negro, del Chubut y del Deseado. Se diría, sobre todo, que lo repiten, con ecos solemnes y remotos, las insondables profundidades de la Pampa o los bosques y praderas llenos de lozanía del intrincado Chaco, sin hablar de los secretos que acaso escondan todavía las heladas mesetas de la Patagonia. Costas, lagos y ríos, como mares de pesca abundantísima, lejanías inconmensurables de mieses amarillas que ondulan con sordos rumores acompañados, extensiones donde los espacios no quieren poner límite a las miradas; como si todo hablase de abundancia providencial, de prodigalidad natural, de incalculables posibilidades directamente concedidas por el Creador; como si todo quisiera expresar una vocación casi maternal, que dilatase el corazón haciendo sitio para todos.

Mas es menester anotar enseguida que la Nación Argentina, como una manifestación más de ese espíritu profundamente católico, que conoce el valor fundamental de aquella reina de todas las virtudes que se llama la caridad, ha correspondido siempre a esta llamada divina que, al mismo tiempo, como premio anticipado, le servía para enriquecer progresivamente su misma substancia en todos los campos y en todos los aspectos de su vida nacional.

Y hoy, al aumentar y crecer este movimiento, por mil razones que no Nos toca en estos momentos examinar, —aunque ciertamente no queremos olvidar los dolores de aquellos hijos Nuestros, que se ven obligados a abandonar su patria, para poder seguir siendo fieles a su fe—; hoy al hacerse todavía más intensa esta corriente emigratoria, por feliz iniciativa de la «Comisión Católica Argentina de inmigración», que acaba de celebrar brillantemente su segundo Congreso Nacional; hoy queda depositado todo en las suavísimas manos de la más amorosa de las madres, para que Ella, como «Nuestra Señora de la Emigración», vele por estos hijos y a todos, con su potente intercesión, alcance aquellas gracias de que tienen tanta necesidad en labor tan ardua.

¡Tú, oh Señora Nuestra de la Emigración, Reina y Madre del pueblo argentino, bendecirás ese suelo, que te es tan querido; lo harás especialmente fecundo; dilatarás, si es menester, sus ya inmensas posibilidades, a fin de que haya para todos; le darás la paz necesaria, que ellos vienen buscando desde tan remotos confines; acogerás a todos, los viejos y los nuevos hijos, bajo tu protección maternal; y velarás siempre sobre esta tierra para librarla de las infiltraciones y de las insidias del enemigo malo, celoso de la pureza y de la integridad de aquella fe que, entre tanta variedad de orígenes y de estirpes, debe resultar uno de los elementos fundamentales de la imprescindible unidad de su espíritu!

¡Tú, oh Señora Nuestra de la Emigración, protectora y madre especialísima de los emigrantes, protegerás a estos hijos tuyos; les procurarás los medios necesarios para organizar su vida, a lo

menos en aquel tanto que puede bastar; alejarás de sus corazones las nieblas grises de la tristeza, consecuencia de aquel dolor, acaso todavía no cicatrizado, procurado por la violencia de la separación; les comunicarás todas las virtudes necesarias para adaptarse al nuevo ambiente, a veces ni tan fáciles ni tan inocuas, como podrían desde lejos parecer; hará de ellos unos buenos y fieles hijos de esta patria de adopción, como es su ferviente deseo; y, sobre todo, no dejándoles nunca de tus brazos maternales, impedirás que padezcan los deplorables efectos, que muchas veces han de lamentarse entre quienes, lejos de una familia, de un ambiente conocido, de una parroquia propia, oprimidos por las necesidades con que les acosa la lucha por la vida y puede ser que hasta faltos de una adecuada asistencia espiritual, abandonan también las prácticas religiosas aprendidas en el hogar materno y en los años de la infancia y se alejan de una fe que, precisamente en estos momentos difíciles pudiera ser más necesaria que nunca, como sostén principal de sus espíritus!

¡Tú, por fin, oh Señora Nuestra de la Emigración, bendice especialmente a estos amantes hijos, a esta « Comisión Católica» y a cuantos con ella cooperan; bendice todos sus trabajos e iniciativas y haz, si así en ello has de complacerte, que a no tardar todos estos hijos tuyos, los argentinos de ayer y los de hoy o mañana, iguales ante tu Corazón Inmaculado, puedan cantar tus glorias en el «Santuario Nacional del Emigrante», juntamente con las de tu Hijo dulcísimo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos! Amén.

Prenda de todas estas gracias y nueva manifestación de Nuestra peculiar y paterna benevolencia quiere ser esta Bendición, que de todo corazón os otorgamos a vosotros y a cuantos, después, escuchen filialmente atentos Nuestra voz.

* *Discorsi e Radiomessaggi*, vol. XVIII, págs. 697-700.